

**NOTAS**



## GALEOTTO CEI, NUESTRO NARRADOR

para María del Rosario Jiménez

Galeotto Cei o Cey (1513-1579), comerciante florentino exilado en España, escribe después de 1560 su *Viaggio e relazione delle Indie*, cuyo manuscrito permaneció inédito en el British Museum de Londres hasta 1992. Allí narra su experiencia de Santo Domingo y Venezuela, donde vivió 14 años a partir de 1539.

Castigado por intrigas y razones políticas de la corte italiana, intenta con resultados no siempre exitosos establecer negocios activos e importantes para el comercio de aquellos países. La burocracia, el fanatismo religioso y la flojera de los españoles frustran sus proyectos comerciales.

En opinión de su estudiosa Luciana de Stefano (2002), Cei desestima la publicitada riqueza del Nuevo Mundo, no se hace eco de la leyenda de El Dorado y descrece de las Amazonas y otras invenciones de los conquistadores. Reconoce la condición paupérrima en que viven indígenas y españoles comunes, aunque estos, todos, “donde no sienten riquezas no se acercan<sup>1</sup>”, según el viajero.

Para de Stefano, Cei advierte que “los mestizos constituyen un nuevo y abundante grupo social”. Escribe el comerciante: “No puedo dejar, hablando de cristianos, y de indios y negros, de hablar de un cuarto género, esto es, de los mestizos; mestizo se dice de lo que tiene mescolanza, esto es, hijo de cristiano e indio y hay en cantidad”. Añade que son agudos de ingenio cuando pequeños, don que pierden al crecer, propensos a las mujeres, al juego y la gula, ajenos al ahorro, ya que no les importa el mañana.

Admira especialmente a los caquetíos: “en ninguna parte de las Indias he visto más bellas mujeres”, como esas del valle de Barquisimeto, “por eso lo nombrábamos el Valle de las Damas”. “Son

---

<sup>1</sup> Todas las citas de Cei Galeotto provienen de la edición de 1995.

estos indios caquetíos bellos hombres, más que las mujeres”, maestros en hacer canales para conducir las aguas entre los montes. Cei debió aprender mucho de su lengua. Respecto de los cuicas: “...aquí encontramos que los indios apenas conocían el oro, ni lo estimaban, diciendo que no era bueno para comer”.

“El maíz se convierte en la gran riqueza —anota de Stefano— y a medida que vamos leyendo la relación de Cei se siente que aquel oro pasa a un segundo término y que lo más buscado es el maíz, que a menudo, como hemos visto, denomina ‘tesoro’ o ‘nuestra riqueza’”. Cei tiene una opinión negativa sobre el padre Las Casas y considera a los clérigos como simples aprovechadores; observa con agudeza y exactitud el medio y las actividades cotidianas de la gente. Recoge —siempre de Stefano— 14 voces caquetías (que no han sobrevivido), 65 taínas, 40 del caribe insular y Tierra Firme. Da por primera vez testimonio de algunas palabras y de su sentido, vitales hoy en nuestro vocabulario. Entre ellas: arepa, aripo, baba, tapara, pira, yopo, cachama, cachicamo, carare, caruba (guacharaca), cocuiza, cocuy, fotuto, múcura y consagra este primer registro a nuestra tradicional *hallaca*:

[al maíz] “lo ponen en remojo de un día para otro y lo muelen en ciertas piedras, hechas como se ve en el margen, un poco curvas, dándole encima con otra piedra, que se tiene en las dos manos; pónese una india en cuclillas o arrodillada, por un costado de la piedra, poniéndole encima en su lado cóncavo un puñado del grano y un poco de agua y con la piedra a dos manos lo va moliendo, hasta que lo hace masa, después hacen unas panelitas como pastillas de jabón y las envuelven en hojas del mismo maíz o de caña y poniéndolas a cocer en una vasija grande de tierra, donde caben muchas, dándole a cada indio una o dos y algunas veces las guardan tanto que se vuelven ácidas... (...) y a esta clase de pan llaman *aiaccas*”.

Si seguimos a de Stefano en sus notas biográficas sobre el comerciante, podemos verlo ser testigo directo (a diferencia de Oviedo y Valdés y de Aguado) de importantes hechos en el establecimiento de la Gobernación de Venezuela. Cuando llega a Coro la ciudad no

posee sino “diez casas de paja”; y confiesa: “y como allá me debían dinero, ciertos amigos míos me persuadieron de que era bueno ir allá y yo, por no estar en Santo Domingo gastando y oír importunaciones de matrimonio, me resolví, pensando en dos o tres meses estar de regreso”.

Vive los cambios de Gobierno de Juan de Carvajal y Juan Pérez de Tolosa; presencia el encuentro de Carvajal con Felipe de Hutten y Bartolomé Welser (“Esta provincia de Venezuela fue dada a los Welser para descubrir, los cuales han gastado en ella 150.000 escudos y hoy está más pobre que nunca”) así como la decapitación de ambos; y, sobre todo, participa en la fundación de El Tocuyo (“nuestro pueblo”), desde donde se originarán sus expediciones hacia diversas regiones del país, fuente de sus memorables imágenes.

Al escribir el “protocolo” de sus viajes Cei desea complacer a su amigo Bartolomeo Delbene; de allí las frecuentes alusiones autobiográficas en el texto. Sabe que para enmarcarlas necesita pintar los momentos destacables y el ambiente en que ocurrieron. Quizá su finalidad principal haya sido exponer aventuras, peligros, pequeños triunfos económicos y el fracaso de sus planes comerciales. Sin embargo, no es ajeno a la construcción de un personaje —él mismo— cuyos matices oscilan entre el dato externo y frío y la introspección sutil, como ya hemos podido vislumbrar. Tampoco escribe Cei para rendir un informe oficial y esto otorga a sus palabras humor, desenfado, libertades que acentúan en la narración tanto lo personal como la sensibilidad hacia factores de índole emocional. ¿No es esta la primera autobiografía deliberada entre nosotros? Sí, tanto por su apoyo en el testimonio paralelo de lo que ocurre a su alrededor como de los sentimientos vividos; tanto por su no siempre indirecto modo de dirigirse al lector como por el marcado acento oral con que el viajero se expresa, carácter casi natural en quien no es un cronista profesional o un historiador.

Vale la pena detenerse en su primer párrafo: “Por distintas pullas, preguntas y reproches he sido herido en este regreso mío de Indias, tanto por amigos como por enemigos y malintencionados, pues si bien nunca faltan algunos llenos de justo y honrado deseo de saber las cosas de allá, hay otros que sólo buscan un motivo para tener de qué reír”. Tono de conversación, porque más que búsqueda de estilo —tan frecuente en algunos cronistas de ese siglo— lo que caracteriza estas memorias es su expresión directa, casi hablada.

### Sale de Coro a principios de 1545

“para ir a descubrir y poblar, con cerca de 80 hombres, 12 mujeres, más de 1.000 indios e indias de servicio, 60 yeguas, 150 caballos, 80 vacas, 200 ovejas, 50 cabras y ciertos pocos asnos y puercos; yo solamente tenía 14 entre yeguas, caballos y potros, un esclavo negro, una india y un indio muy malos en lo que se refiere a servicio. Iba vestido de cáñamo, zapatos de cuerdas como todos los otros aunque en la carga llevaba mis camisas y mis vestidos. Se necesita llevar consigo todas las cosas necesarias: una piedra para moler, un caldero, un par de platos...”

Van hacia el poniente, por la orilla del mar; quince días después giran al sur. Marchan con el día y por la noche hacen guardias. Esta es una visión suya a orillas de la laguna o lago de Maracaibo, visión que recorre cierta espina central en nuestro destino:

“Junto a dicho lago hay unos charcos en el que caben ciertos pozos de asfalto, en gran cantidad, que de día hierve con el calor del sol y corre hacia algunos lugares y de noche se cuaja; es negro y se endurece más que la pez y se licúa aún más. Llámalo los indios mene, y se sirven de él los cristianos cuando estaban poblados en dicho lago, para embrear las naves y las barcas”.

Meses después, durante otra salida, por las “sábanas de Carora”, en situación precaria, “estaba un día en acecho yo solo, en una laguna donde solían venir los indios por agua”; quiere atrapar a alguno que les sirva de guía:

“Ocurrió que adonde yo estaba se acercó una india por agua y por descubrir si estábamos allí; era de más de 30 años; cuando llegó a la laguna me descubrí y la agarré y ella comenzó a defenderse y hacía fuerza por no venir conmigo y no queriendo matarla ni hacerle mal, estaba yo más bien ayudándola. Pero en fin, cuando vio que no podía soltarse de mis manos, se puso una mano en el trasero y descargando el vientre me impregnó con eso toda la cara, de modo que no solo la dejé sino que por el mal olor me arrojé enseguida a la laguna de cabeza,

donde al ruido acudieron los otros e hicieron ellos de mí un bello espectáculo. La india huyó y no quedó más de qué reír. Esto ocurre algunas veces porque se tiene por cosa vil herir o matar mujeres”.

Un español no hubiese tenido la sinceridad de mostrar esta escena. En ella, como dijéramos, asoma un atisbo de humor grueso o escatológico, que sólo reaparecerá, como relámpago, en la prosa de Juan Antonio Navarrete y Francisco de Miranda, en el Siglo XVIII o en los versos de Salustio González 250 años más tarde. También en las narraciones de Salvador Garmendia, de Denzil Romero y otros narradores en la segunda mitad del siglo XX.

Como dijimos, será testigo de la emboscada que el gobernador Juan de Carvajal tiende a los Welser y se salva milagrosamente de ser también ajusticiado por él:

“El juez se puso pronto en camino con 60 personas, la mayoría era de los que habían venido con Felipe de Hutten, y llegó el 27 de agosto (1546). Aunque los indios habían dicho que venían cristianos, nuestro gobernador no lo quería creer y le cayeron encima sin que se diera cuenta y prontamente fue hecho preso con sus secuaces. En un guante le encontraron una lista donde había escrito los nombres de los ocho que quería matar, de los cuales yo era el segundo. Le pregunté el por qué, me dijo que me quería mal porque le decía la verdad y por cierta cuestión que, por una mujer, tuve en Santo Domingo, donde él se entrometió; entonces conocí cuán mal partido es mantenerse neutral, que si yo hubiese querido lo habrían muerto, y después me resolvería siempre de correr porque quien quiere correr dos, siempre sucede que no corra ninguna. Ya preso, le fue encontrado aquella cosa y una carta real apócrifa y falsificada por él, en la cual se le daba plena autoridad, que no tenía en realidad. Hiciéronle su proceso y, guardados todos los términos, fue condenado a la horca...”.

Se acercaba Cei a los 33 años cuando inicia en 1545 el registro mental de sus impresiones. Sagaz para oler posibilidades de negocios, decidido a emprender los recorridos más desafiantes, no sólo aplica su vitalidad a explorar y practicar el comercio, sino que atiende con

ojo agudo a comidas y sabores, trajes, detalles en la fabricación de canoas, otros medios de transportes, condiciones meteorológicas, distancias, intrigas íntimas y políticas, esclavitud y exterminio de esclavos indios y negros. Y su sensibilidad corporal se detiene en costumbres sexuales, desnudez física, dotación erótica de hombres y mujeres, con insistente complacencia.

En 1550, teniendo como objetivo la Nueva Granada, realiza Cei su viaje por los llanos. “Estos llanos tan nombrados por mí (...) son grandísimos y tienen de diámetro más de 250 leguas, de modo que parecen formar un grandísimo mar...”, comienza.

Y prosigue:

“Hay además el riesgo de perderse, porque son tan similares estos llanos que no se reconoce uno del otro, y perdiéndose de vista las montañas, se queda como en el mar, y recorriéndolos de aquí y de allá, quien no fija bien la atención en alguna señal se pierde, máxime cayendo y estando medio aturdido. El mejor remedio es dejarse llevar por el caballo, que siempre lo lleva a uno a donde están los otros caballos”.

Una cumbre de la poesía romántica venezolana, Francisco Lazo Martí (1901), acudirá en el siglo XIX a una metáfora de esta raigambre, cuando diga: *El llano es una ola que ha caído/ El cielo es una ola que no cae.*

El sentimiento de lo infinito, del peligro y el desvarío en la llanura será muy bien expuesto por Rómulo Gallegos en sus novelas. Pero antes, ha comprobado Cei:

“Dichos llanos en invierno, cuando llueve, son un infierno y no se puede caminar por ellos estando llenos de agua, ni por bosques ni prados, crece allí hierba altísima que a menudo a caballo no se puede sobrepasar y aun estando poblados de ciervos y animales, no se pueden cazar, que los caballos se hunden en la tierra hasta la cincha y los perros por la hierba no pueden correr. Al contrario, en el verano, secándose el agua, se corre a caballo por la hierba y se matan fácilmente los ciervos con la azagaya; después que la hierba está bien seca se le pega fuego, que en un día y noche, si corre un poco de



viento, se queman 20 leguas, siendo todo paja, y pasan llamas y chispas por ríos pequeños y por bosques y cañadas”.

[...]“Están estos llanos muy deshabitados; la causa de esto son los cristianos, que pasando por ellos cuando van a descubrir, por malignidad y necesidad han destruido todo, llevándose con ellos los indios e indias más jóvenes, dejando los viejos que allí mueren”.

[...]“caminar no se podía porque no había vía abierta, pues es un país donde aunque hayan pasado un mes antes 100 hombres a caballo, no se ve la señal del camino, pues todo se recubre de hierba por la gran humedad y el calor; la tierra es muy buena, negra y fértil”.

No en vano Cei está escribiendo su autobiografía. Y de una manera muy particular tanto el tiempo que ha pasado entre sus evocaciones y los hechos vividos, por un lado; o el misterioso influjo de aquel presente, de aquella realidad, lo impulsan a revelar imágenes inesperadas en un hombre práctico, realista y burlón. ¿Hechizos de la prosa misma, interludios de ensoñación? ¿Qué faceta del viajero, del comerciante, hace posible que nos cuente este detalle, casi carne pura de la ficción? Se trata de un instante en los alrededores del río Apure:

“Me fui con mis perros, armado con la azagaya en mano, y llegado a este lago comencé a pescar; había matado un ciervo por el camino, con los perros, los cuales andaban corriendo un poco por el bosque; de pronto comenzaron a ladrar y pensando que fuese un tigre corrí para socorrerlos. En esto escuché caer al agua cosas pesadas, llegado allí vi en la charca dos bestias hundidas hasta el cuello en el agua, las cuales eran como un potro de 18 meses, de color pardo, aunque la garganta, junto el pecho era blancuzca con manchas marrones; la cabeza como león; ojos, nariz, boca y orejas como hombre, pero achatado el rostro; en el filo del cuello una especie de ciertas escamas repartidas aquí y allá como crines de caballo; la boca bien hundida, dientes

blanquísimos como de hombre, que mostraban algunas veces. Muy a menudo se zambullían bajo el agua, después sacaban fuera la cabeza, bufando como un caballo, luego alzaban todo el cuello fuera, daban un suspiro, o gemido, pavorosísimo, capaz de erizar los cabellos de la cabeza a cualquier hombre cuerdo y así lo hacían a menudo, no se distanciaban nunca una de la otra más de tres brazas, me contemplaban con mirada fija, acercándose a un gesto de la mano y nunca salieron a tierra, ni pude ver más, por más que gritaba, los perros ladraban y el caballo relinchaba que no lo podía sostener, no podía atraerlos con alguna cosa ni esconderme. Es cierto que salen a tierra y creo que tienen cuatro patas porque nadaban, a lo que se veía con dificultad, como los caballos, según vi, no están mucho tiempo bajo el agua.

[...]“Al caer la tarde regresé, para no dar sospechas de mí, y rogué mucho a ciertos amigos que volviésemos, pero no me valió, que nunca encontré quien quisiera ir conmigo y así me quedé con aquellas ganas y nunca en otros lugares las vi...”

En sus notas a la edición del *Viaggio...* sugiere José Rafael Lovera (1995) que Ceí habla aquí de la danta o Tapirus terrestres. Pero la atmósfera y las analogías creadas por el autor bien pueden integrar el párrafo a un manual de zoología fantástica.

#### REFERENCIAS

- De Stefano, Luciana. (2002). *Los indigenismos en el viaje y descripción de las Indias (1539-1553)*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación.
- Galeotto Cey. (1995). *Viaje y descripción de las Indias (1539- 1553)*. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito. Colección V Centenario del Encuentro de dos Mundos.
- Lazo Martí, Francisco. (1901). *Silva criolla*. Caracas: Tipografía Herrera Irigoyen.
- Lovera, José Rafael. (1995). Estudio preliminar. En Galeotto Cey. *Viaje y descripción de las Indias (1539- 1553)*. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito. Colección V Centenario del Encuentro de dos Mundos.